

Sanche de Gramont

EL DIOS INDÓMITO
LA HISTORIA DEL RÍO NÍGER

Prefacio

Este libro vino al mundo de una manera fortuita. En 1972 vivía en Marruecos y decidí visitar África, al sur del Sáhara, puesto que me encontraba ya en ese continente y quizá no tuviera otra oportunidad de visitarlo en el futuro. Mi plan era sencillo: volaría a Abiyán, la capital de Costa de Marfil, y emprendería el camino de regreso a Marruecos por tierra. Amigos míos de Abiyán me sugirieron que cuando llegara a Mali debería hacer parte del camino en un vapor fluvial que conectaba los dos puertos principales del recodo del Níger: Mopti y Gao. Desde Gao podría cruzar el Sáhara en alguno de los muchos camiones que llevan ovejas a Argelia y regresan cargados de dátiles. Tuve la suerte de llegar a Mopti en la víspera de la partida de uno de esos barcos fluviales. Se trataba de un viejo vapor de ruedas que en tiempo de los franceses llevó el nombre de un héroe colonial, el coronel Archinard, y que había sido rebautizado como *Liberté* una vez que Mali obtuvo la independencia. El viaje duró cinco días, en los que el *Liberté* se detuvo en media docena de pueblos cada día, y cuando atracó en Gao sentí que había puesto fin a un episodio privilegiado de mi vida. Fui de asombro en asombro; jamás olvidaría el paisaje, sin cambios desde que el primer hombre blanco apareció por el río, ni la gente, cuyas vidas se fusionaban con el medio. Admiré la vibrante apreciación de esta gente por las cosas simples: un atardecer, un pez capturado sin anzuelo o un hombre que cuenta una historia.

Decidí convertirme en narrador de la historia del Níger, en parte por darme una razón para regresar y en parte por seguir el consejo de George Bernard Shaw de que la mejor manera de aprender sobre un tema es escribir un libro sobre él. Describiría el río que vi y contaría la historia de su descubrimiento. De los ríos Africanos, el Nilo ha captado la mayor parte de la atención, mientras que se ha dejado de lado al Níger: casi nadie ha cantado a esta dama cuyo don principal es guardar sus secretos. La historia del Níger, en cierto sentido, es más fascinante que la del Nilo; ese Níger cuya gran curva, como un interrogante, atraviesa África occidental y cuyo curso y desembocadura permanecieron siendo un misterio durante siglos. En los primeros mapas se evaporaba en el Sáhara o desembocaba en el lago Chad o

se vaciaba en el Atlántico. En 1795, cuando Mungo Park se detuvo en las riberas del Níger, se logró un gran descubrimiento geográfico simplemente por asegurar que el río fluía de oeste a este. Pasaron otros veinte años más antes de que se conociera la terminación del Níger, en el golfo de Guinea.

Las aventuras de los exploradores del Níger, abriéndose paso a ciegas a través de África en busca de un río que no aparecía en los mapas, son poco conocidas. Park, ciego de confianza en sí mismo después de su descubrimiento inicial, se ahogó en el río durante su segunda expedición; Lander, capturado por piratas y obligado a beber veneno, al ver gaviotas fue consciente de que había llegado a la desembocadura del Níger; la expedición fracasada de Clapperton y Oudney se vio perturbada por la animosidad personal y las acusaciones mutuas de homosexualidad; Gordon Laing, el romántico joven oficial, murió cerca de Tombuctú; Barth, el gran explorador erudito, se abrió las venas y bebió de su propia sangre para no morir de sed en el desierto... Estos hombres, que casi todos murieron al seguir la dirección equivocada y despiadada del río, merecen su porción de fama.

Una vez descubierto, el río se convirtió para Inglaterra en el camino para adentrarse en África y levantar el imperio. Los traficantes ingleses se establecieron en el delta y en el primer tercio del río, donde compraban primero esclavos y después aceite de palma. En el norte, los franceses extendieron su dominio por el alto Níger. Los dos grandes poderes coloniales del siglo XIX se encontraron en el Níger y con el tiempo se lo dividieron. Así fue como los exploradores, que actuaron por simple ambición personal y con la obsesión de ser los primeros, sirvieron como avanzada del imperio.

En octubre de 1972 compré un Land-Rover y, desde Tánger, me encaminé hacia el sur. Quería alcanzar el Níger pasada la estación de lluvias, pero mientras siguiera siendo navegable. Cruzé el Sáhara, como aquellos primeros exploradores que tomaron la ruta de Trípoli, pero con dos ventajas considerables: sabía dónde estaba el Níger y contaba con Nancy, mi mujer. Cogí un barco platanero hasta Guinea y vi las fuentes del Níger, en la frontera de Sierra Leona. Proseguí 4.200 kilómetros a lo largo del curso del río en coche, barco, canoa, tren, camión y camello. Los mapas de los caminos eran inútiles. A veces seguíamos un sendero durante días para alcanzar un servicio de chalana que cruzaba el río sólo para encontrarlos con que ya no existía tal servicio. En cierto momento, me enfurecí tanto que traté de lanzarme con el automóvil al río, pero mi mujer se puso delante del coche y me detuvo. Cuando llegamos al delta y vi las gaviotas volar sobre los manglares, sentí el mismo alivio que sintiera Richard Lander, y supe que hallar el lugar donde termina el río bien valía el esfuerzo.

Sanche de Gramont

I

Buscan el Níger

El 9 de junio de 1788, nueve de los doce miembros de un club gastronómico informal, que se reunían las tardes de los sábados en la taberna de St. Albans en el barrio Pall Mall de Londres, votaron y acordaron la siguiente resolución:

Que, como no hay información más buscada y más útil, por lo general, que aquella que mejora los conocimientos de geografía y que, como el vasto continente Africano, a pesar de los esfuerzos de los antiguos y de los deseos de los modernos, sigue en gran medida inexplorado, los miembros de este club nos convertimos en una asociación para promover el descubrimiento del interior de esa cuarta parte del mundo.

Cada miembro aportaba cinco guineas al año durante tres años, lo que podían permitirse fácilmente pues se trataba de hombres acomodados. Eligieron un comité de cinco miembros que se dedicara a buscar exploradores que pudieran ser enviados al interior de África. El comité prometió no divulgar, excepto a los miembros, "los conocimientos que obtuvieran, a su tiempo, de las personas que se enviaran acerca del asunto de los descubrimientos".

El cambio del Saturday's Club en African Association pasó inadvertido en ese momento. Era un modesto acontecimiento sumergido en la corriente de la historia y más tarde rescatado del olvido. Ya que aquellos doce hombres, aquel grupo de lores, miembros del Parlamento y terratenientes, todos ellos diletantes acaudalados, consiguieron lo que los gobiernos y los eruditos no pudieron conseguir: resolver el misterio del río Níger. A ellos les corresponde la responsabilidad de la que fue, quizá, la épica mayor en la exploración de África, donde más de treinta exploradores fueron enviados al encuentro de la muerte en busca de un río que nadie podía encontrar.

Su empresa no buscaba ni ganancias ni conquistas. No los movía más que la simple curiosidad, aunque la curiosidad nunca es simple. A fines del siglo XVIII, la era de la Ilustración había producido un cierto tipo social: el caballero diletante que hacía de la curiosidad su vocación. Coleccionaba insectos, cultivaba orquídeas, o se preguntaba por los huecos del mapa de África y decidía llenarlos.

¿Quiénes eran estos doce hombres distinguidos y qué fue lo que los llevó, después de comer, rodeados por la íntima elegancia de una habitación privada de una taberna de Londres, a dirigir sus

pensamientos hacia África? El motor del grupo era sir Joseph Banks, heredero de una gran fortuna y de una propiedad igualmente extensa del Lincolnshire. Banks se sentía fascinado por la botánica y había iniciado un herbario que llegó a ser mundialmente famoso. En 1768, formó parte de la primera expedición de Cook y pasó tres años recogiendo plantas por las costas de Brasil, Australia, Tahití y Nueva Zelanda. De regreso a Inglaterra, en 1778, a la edad de 35 años, fue elegido presidente de la Royal Society. Se trataba de un cargo de gran distinción -sir Christopher Wren y sir Isaac Newton eran sus predecesores- que mantuvo durante cuarenta y dos años. Banks se convirtió en un explorador de salón y se concentró en la última gran desconocida: África.

También estaba entre ellos Henry Beaufoy, un cuáquero hijo de un comerciante de vinos que había entrado en las filas de la Society for the Abolition of Slaves [Sociedad para la Abolición de la Esclavitud] en 1787. A Beaufoy se le da el crédito de ser el primero en proponer un plan para la African Association, y se convirtió en su secretario. Otro miembro del club sabatino, que además era un abolicionista activo, era el obispo de Llandaff. Los demás eran un par irlandés, el hijo de otro par también irlandés, un general retirado y seis escoceses: tres grandes terratenientes, el miembro más rico de la Cámara de los Comunes, un abogado y un médico. Seis de los doce eran miembros de la Royal Society, por lo que entraron en contacto con Banks, y ocho eran miembros de la Cámara de los Lores o de la Cámara de los Comunes. Varios habían escrito ensayos y uno había inventado un horno cervecero. Eran hombres que compartían una forma de vivir fundada en la tierra y en la riqueza con una visión de la vida que se basaba en el progreso y en la aplicación práctica de los conocimientos científicos y geográficos de la época.

Era natural que un grupo que buscaba salidas a su curiosidad se fijara en África, el último continente inexplorado y el más cercano a Europa. Otra razón fue el renovado interés por África como consecuencia del movimiento abolicionista, que adquirió fuerza a partir de que el presidente de la Corte Suprema, lord Mansfield, decretara en 1772 que cualquier esclavo que pusiera un pie en Inglaterra quedaba libre automáticamente. El Saturday's Club estaba dividido. Beaufoy y el obispo de Llandaff eran abolicionistas, pero varios de los miembros votaron contra la abolición en el Parlamento y el propio Banks no se oponía a la esclavitud, arguyendo que nada había contra ella en la Biblia y que los negros libres no parecían capaces de encontrar ocupaciones útiles.

Es posible que los miembros del Saturday's Club especularan igualmente con que Inglaterra, habiendo perdido sus colonias americanas, necesitaba nuevas fuentes de materias primas y nuevos mercados para sus productos manufacturados. El África desconocida

podía verse como un sustituto oportuno. Para hombres poseedores de grandes fortunas y de inclinaciones prácticas, la exploración de esa *terra incognita* les resultaría una meta digna de alcanzar. El gobierno del frugal William Pitt no mostraba interés alguno en apoyar expediciones, mientras que el financiamiento de grupos privados a exploradores concordaba con el espíritu del siglo. Al escoger el estudio de África como pasatiempo, estos doce ingleses del *establishment* sembraban las primeras semillas del imperio terrestre inglés en ese continente. Los diletantes de clase alta ocupaban el espacio que los gobiernos temían abordar.

Para hacer frente a gastos crecientes, sensatamente, la African Association decidió abrir sus puertas a nuevos socios. En 1791 contaba ya con noventa y cinco miembros que contribuían con sus cuotas. Seguía siendo un club elitista e incluía a tres duques, doce condes, otros siete lores, dos generales y dos damas con título. En sus cuarenta y tres años de existencia, la African Association llegó a tener un total de doscientos doce miembros, pero el momento relevante es el que va desde su fundación, en 1788, hasta el año 1805. Después, su actividad y el número de socios fueron declinando y finalmente fue absorbida por la Royal Geographical Society.

La African Association no perdía el tiempo. Un mes después de la memorable comida del 9 de junio, un explorador ya había iniciado el viaje. Los primeros voluntarios fueron enviados, sin preparación ni entrenamiento y con instrucciones imposibles de seguir, a tierras sobre las que lo poco que se conocía era, por lo general, incorrecto. Fueron como puntas de lanza de una patrulla, prescindibles, bajas necesarias de una gran empresa. Caminaron indefensos hacia lo desconocido, armados con cuentas y baratijas para cambiarlas por mapas e información de los que carecían. En un principio ni siquiera se les pagaba un salario e iban sólo en busca de la fama que el éxito les proporcionaría. El principio guía de la aventura era el entusiasmo, alimentado por la ignorancia, pues si los patrocinadores y los exploradores hubieran tenido más información acerca de las condiciones del viaje por África occidental, quizá nunca hubieran intentado una sola de las expediciones. Los miembros de la African Association pueden ser considerados, en el mejor de los casos, como hombres nobles y desinteresados que actuaban por los motivos más elevados. En el peor, era un grupo de aficionados ricos que contrataban hombres para que corrieran riesgos suicidas; mientras, ellos permanecían apoltronados y enfundados en sus levitas, en habitaciones de paredes cubiertas de libros, con un vaso de oporto añejo en la mano, estudiando mapas de África como si fueran generales planeando la estrategia detrás de la línea del frente.

El primer explorador que envió la African Association al Níger fue John Ledyard, un aventurero de 37 años nacido en Connecticut. Hijo de un

capitán de barco, Ledyard había escapado de casa siendo niño para irse a vivir con los indios del noroeste. Más tarde, como cabo de la marina, acompañó al capitán Cook en su última expedición y lo vio morir en Hawai.

Ledyard era un romántico, sin trabas académicas ni formación científica, cuya única pasión era el movimiento continuo. En 1780 tuvo la idea de cruzar Europa y Rusia para llegar a América, y Banks le adelantó una pequeña suma. El viaje fue por demás desventurado. En la aduana inglesa le embargaron el equipo y la mayor parte del dinero, pero prosiguió el viaje con apenas dos guineas en el bolsillo. Desde Suecia trató de cruzar el helado golfo de Botnia a pie, pero el hielo no era lo bastante sólido. Llegó a San Petersburgo, en situación desesperada, y lo salvó el embajador portugués que le prestó veinte libras. Viajó 10.000 kilómetros hasta Yakutz, en Siberia, pero el mal tiempo le impidió cruzar los estrechos. En ese momento fue capturado por soldados rusos que lo llevaron en trineo hasta la frontera polaca con la amenaza de que si regresaba a Rusia lo colgarían. Dos años después, llamaba a la puerta de Banks en Soho Square, vestido con harapos, exhausto y sin un penique, pero listo para partir de nuevo. Según las actas de la asociación, Banks "le comunicó, conociendo su temperamento, que él podía recomendarlo para una aventura casi tan peligrosa como aquélla de la que acababa de regresar".

Banks propuso a Ledyard al comité de selección, que decidió que su falta de formación y sus nulos conocimientos de la lengua árabe se equilibraban con su naturaleza aventurera. Elegían a un hombre que "desde su juventud sintió un invencible deseo de ponerse en contacto con las regiones desconocidas o apenas descubiertas del mundo".

Ledyard fue a ver a Beaufoy, quien se sintió apabullado por "la virilidad de esta persona, la amplitud de su pecho, lo abierto de su expresión y la inquietud de su mirada". Beaufoy desplegó un mapa de África y trazó una línea de El Cairo hacia el este, señalando la ruta que debía seguir. Le preguntó a Ledyard cuando estaría listo para partir. "Mañana por la mañana", contestó. Beaufoy, sorprendido por tal impaciencia, dijo que no creía que sus instrucciones estuvieran listas en tan poco tiempo.

Las instrucciones para Ledyard eran absurdas. Debía ir de El Cairo a la Meca, donde los cristianos vivían en peligro de muerte, "y de ahí (a menos que se encontrara con dificultades insuperables) debía cruzar el Mar Rojo y tomar la ruta de Nubia para atravesar el continente Africano, en línea tan recta como se pudiera, en dirección al Níger".

Mientras Ledyard cruzaba África de este a oeste, la African Association reclutó a un segundo explorador que la cruzaría de norte a sur. Se trataba de Simon Lucas, a quien seguramente Henry Beaufoy conocía, pues también era hijo de un comerciante de vinos. Lucas fue enviado a Cádiz en su juventud para estudiar el comercio de Jerez; fue capturado por los piratas y vendido como esclavo a la corte marroquí.

Lo liberaron tres años después y fue nombrado vicecónsul de la tierra donde había sido esclavo. De regreso a Londres, dieciséis años después, fue nombrado intérprete oriental en la corte de St. James y la African Association se interesó por él. Una nota sin fecha, escrita a mano por Beaufoy, dice: "El señor Lucas, intérprete oriental, cuyo salario es de ochenta libras anuales, ofrece iniciar camino por Gibraltar y Trípoli a Fezzan, con la condición de que su salario siga vigente durante su ausencia". Banks utilizó sus influencias para que Lucas pudiera desligarse de su deber. Parecía una buena elección. No sólo hablaba árabe, sino que en la corte había hecho amistad con el ministro de Asuntos Exteriores de Trípoli.

Las expediciones de Lucas y Ledyard se financiaron con un préstamo libre de intereses de cuatrocientas cincuenta y tres libras recogido entre los miembros. Cada explorador recibió un adelanto de cien libras, con la posibilidad de obtener sumas adicionales cuando se hubieran internado en África. El comité de selección hizo virtud de su tacañería, "seguro de que en tal empresa la pobreza es mayor protección que la riqueza". Pensaban que un hombre con poco dinero tenía menos probabilidades de que lo robaran. Desde luego que no debía de ser la perspectiva de una ganancia financiera la que llevó a John Ledyard y a Simon Lucas a la exploración de África -en cualquier caso, no podía haberse hallado a dos hombres más dispares-, y puede considerarse que el fracaso de sus respectivas misiones surgiera de sus temperamentos tan diferentes: uno fracasó por su extremada impulsividad, el otro por su extremada precaución.

Ledyard dejó Inglaterra el 30 de junio de 1788 y llegó a El Cairo el 19 de agosto. Encontró alojamiento en un convento mantenido por una orden de recoletos. Escribió a sus patrones que El Cairo en agosto era muy cálido, pero que había visto días más tórridos en Filadelfia. Preparó su viaje hacia el interior y recorrió la capital de Egipto visitando sus mercados de esclavos y reuniéndose con un ministro del bey.* Estaba ansioso por partir de El Cairo, al ver que se insultaba e importunaba a los cristianos por la calle.

Ledyard comunicaba regularmente sus impresiones a Beaufoy hasta que de pronto sus cartas dejaron de llegar. Al poco tiempo, recibieron noticias de Egipto anunciando la muerte del primer explorador de la asociación, lo que provocó una gran desilusión en Londres.

Un ataque de bilis -escribe Beaufoy en las actas-, consecuencia de demoras fastidiosas, en la prometida partida de la caravana, que lo habían llevado a tratarse con una dosis demasiado fuerte de ácido vitriólico, el súbito malestar y el quemante dolor que siguieron a la excesiva poción lo condujeron a buscar alivio en un

* Bey: gobernador. [N. del E.]

fuerte emético tártaro. Una descarga continua de sangre descubrió lo peligroso de su situación. [...] Fue enterrado decentemente en la vecindad de todos los ingleses que terminaron sus días en la capital de Egipto.

Mientras Ledyard moría en Egipto, Simon Lucas estaba en Trípoli buscando una escolta para cruzar el desierto de Libia. Lucas había dejado Londres en agosto de 1788 y había llegado a Trípoli a mediados de octubre. Cuando le contó al bajá de Trípoli, Ali Karamanli, que quería visitar Fezzan, el suspicaz bajá observó que ningún cristiano había intentado nunca hacer ese viaje. Lucas explicó que su único interés era recoger plantas y antigüedades romanas. El bajá le contestó, como haría con otros exploradores que tomaron la ruta de Trípoli, que personalmente estaría encantado de ayudarlo, pero que no era un buen momento, ya que las tribus del sur se habían rebelado. Lucas, buscando ayuda de donde fuera, encontró dos jerifes de Fezzan que se ofrecieron a escoltarlo y partió con ellos en febrero de 1789. Llevaba vestimenta turca y había dejado crecer su pelo tanto que, como escribió a sus patrones, parecía "un judío londinense de luto riguroso". Llevando obsequios para el rey de Fezzan, entre otros brandy, al que era aficionado el monarca, Lucas viajó hacia el este a lo largo de la costa, pasó las ruinas de Leptis Magna, hasta la ciudad ribereña de Misurata, y estaba a punto de internarse en Fezzan cuando el gobernador lo previno de que las tribus en guerra iban a impedirle el paso. Con su prudencia de funcionario civil, Lucas decidió esperar hasta que las tribus se calmaran. Los dos jerifes se impacientaron y lo dejaron, pero no antes de que obtuviera considerable información sobre la geografía de la Libia del sur. Abandonado, Lucas decidió regresar a Inglaterra. El 30 de junio de 1789 escribió a Banks para decirle que estaba en Marsella sin un penique y que había firmado una letra en su nombre. Pedía disculpas por no seguir la ruta trazada y añadía que su viaje había producido valiosa información y que regresaba con una colección de semillas. Debió intuir que estaba destinado para mejores cosas que morir en Fezzan: en 1793 fue nombrado cónsul en Trípoli, donde murió de muerte natural ocho años después.

El fracaso de las dos primeras misiones y la muerte del primer explorador actuaron como acicate, más que como freno, para la African Association. Inmediatamente, la asociación empezó a buscar nuevos reclutas. En todas sus discusiones sobre África, era en el Níger donde centraban su atención. El Níger representaba, por encima de cualquier otro lugar, lo inalcanzable. Como escribió Beaufoy, su descubrimiento era "doblemente interesante por la consideración de que había llamado la atención, y frustrado las investigaciones, de las naciones más inquisitivas y más poderosas de la antigüedad".

Ahí estaba el desafío: uno de los ríos más grandes del mundo guardaba el secreto de su curso y de su desembocadura durante más de dos mil años. Un río no se esconde, transcurre por su lecho abiertamente, sin que la dirección de su torrente sea ningún secreto, ni su principio ni su fin. Y de todos modos el Níger, de entre todas las obras de la naturaleza, seguía siendo objeto de teorías contrarias, como las pirámides en las obras del hombre. ¿Fluía hacia el este o hacia el oeste? ¿Era simplemente un ramal de otro río africano mayor, el Congo o el Nilo? ¿Desembocaba en el Atlántico, en un lago salado del corazón de África o en el Mediterráneo, después de cruzar el Sáhara bajo tierra? Durante siglos, historiadores como Herodoto y geógrafos como Ptolomeo se habían cuestionado en vano sobre el río. Un grupo de socios de un club inglés tenía que lograr el éxito donde otros habían fallado.

El Níger era una joya protegida por múltiples mecanismos de seguridad: el clima letal, las barreras físicas del Sáhara y de la selva húmeda y las barreras humanas de los musulmanes anticristianos y de los negros rapaces. Pero su mejor protección era su propia forma. No parecía posible que el río Níger, con sus 4.200 kilómetros de largo, el décimo río más largo del mundo, que empezaba su curso en una sierra granítica a 240 kilómetros de la costa del Atlántico, fuera el mismo río que, dividido en cientos de corrientes en un delta de manglares a 2.400 kilómetros hacia el este, desembocara en la gran bahía continental conocida como golfo de Guinea.

No parecía haber ninguna conexión entre las fuentes y la boca de río, ni tampoco explicación para su abrupto cambio de dirección. El Níger con su forma de bumerán, primero fluye hacia el norte, alejándose del mar, para tomar fuerza de sus afluentes a medida que se prepara para enfrentarse al desierto. Después de avanzar cerca de 500 kilómetros de oeste a este, a lo largo de las lindes meridionales del Sáhara, gira hacia el sur desde el desierto hasta la selva lluviosa de la Nigeria subtropical, y desemboca en el mar por la parte interna de la gran joroba de África. El Níger es un capricho geológico al moverse hacia atrás, alejándose del mar. No se comporta como deben hacerlo los ríos.

Al otro lado de África, la búsqueda de las fuentes del Nilo había atrapado la imaginación del público. El Nilo, cuna de una civilización deslumbrante, y sus imponentes exploradores David Livingstone y Richard Burton, le quitaron protagonismo al Níger, que planteaba un problema igualmente fascinante, aunque opuesto: se conocían sus fuentes, pero nadie podía localizar su boca. Se escribían docenas de libros exponiendo distintas teorías, como en las historias de misterio en las que surgen señuelos que despistan al detective. Los verdaderos detectives eran los exploradores que seguían la única pista veraz, el propio río. Pero el Níger, como custodio de un antiguo curso, reclamó las vidas de quienes trataron de encontrarlo.

¿Por qué arriesgar la vida simplemente para añadir un dato al conocimiento geográfico? En el proceso del descubrimiento iba implícito que los comerciantes, misioneros y colonizadores seguían a los exploradores. Sin el Níger como vía pública del imperio, el interior de África occidental habría permanecido en la oscuridad. Los exploradores iniciaron la cadena de acontecimientos que llevaron a la lucha por África.

Pero considerar a los exploradores como agentes involuntarios del imperialismo es empequeñecer a los hombres que hallaron el río Níger, ya que el explorador pertenece a la misma especie que el constructor de las arcadas góticas: aparece para conquistar la naturaleza.

Desde luego, algunos de los hombres que financiaron a los exploradores buscaban ventajas prácticas: abrir nuevas rutas al comercio, encontrar oro o acrecentar el poder nacional. Llámese a esto codicia, como asentó el navegante portugués: "Sufrimos de una enfermedad que sólo el oro puede curar". Otros iban guiados por una fe militante; detrás de cada explorador se encontraba un misionero, Dios soplabla en las velas de los navegantes. Llámese a esto celo: monjes irlandeses navegando en botes cubiertos de pieles llamados *curraghs* descubrieron Islandia en el siglo VIII. Como los miembros de la African Association, hubo otros que sólo querían extender las fronteras del conocimiento humano. Llámese Ilustración: en el siglo XVIII se pidió a los navegantes por primera vez que recogieran especies marinas y trajeran mapas de las costas en vez de oro y especias.

Pero para los hombres que fueron enviados a África, la urgencia de explorar se compensaba por sí misma. No necesitaban ni minas de oro ni nativos conversos. Su necesidad tenía que ver con la pasión por la fama, una necesidad dolorosa de ser recordado en los documentos escritos de la época, de vivir más allá de la existencia mortal. Tenía que ver con el hombre occidental buscador de conocimiento y acaparador del mundo, con el matrimonio de la erudición y la experiencia: "Díganos qué hay de nuevo", pedían los cartógrafos a los marinos. Tenía que ver con una raza de hombres deseosos de arriesgar sus vidas por un dato geográfico, a quienes definía una naturaleza desafiante, ya que cada viaje de descubrimiento era un modo de descubrirse a ellos mismos. Y, finalmente, aquella necesidad tenía que ver con el mayor de los sueños del hombre: contemplar una tierra nueva, ver la tierra como Adán vio el Edén, una tierra virgen, fértil, innominada, donde encontrar por fin algo proporcionado a la capacidad de admiración del hombre.